

# LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS  
DE BARCELONA

---

## EL HOMBRE LAICO DE SALMERON

El gran hierofante del krauso-positivismo en España, D. Nicolás Salmerón y Alonso, á quien por explicar el *monismo* ateo, materialista y positivista en una cátedra de metafísica, cátedra oficial de un Estado que por la Constitución se declara católico, apostólico y romano, se ven obligados á pagar un sueldo los contribuyentes católicos, los padres de familia católicos que tienen sus hijos educándose en la Universidad Central, dinero que el susodicho Salmerón recompensa con el veneno de la impiedad y del determinismo; el gran hierofante, repetimos, está gastando en el Congreso la fuerza física de sus pulmones y los gases deletéreos de su pensamiento en obstruir el presupuesto del ministerio de Fomento con sendos y mazorrales discursos en que no se sabe qué admirar más, si la obscuridad del concepto ó la pedantería de las frases, ó lo altisonante del estilo.

Salmerón es un sectario y un sofista que está prestando, sin embargo, un servicio á los católicos, contra sus propósitos, y es, el de que sepamos que el régimen republicano en España es incompatible con la religión católica y con la Iglesia.

Cuando se discutió el presupuesto eclesiástico, Salmerón combatió la oración.

Ahora que se ha discutido el presupuesto de enseñanza, ha hecho el programa de la República en materias de educación é instrucción, á saber: el *Estado docente laico*, la fórmula más acabada de tiranía y de despotismo y de arbitrariedad contra la libertad de enseñanza y la libertad de conciencia.

Los fundamentos en jerga con que ha apoyado semejante tesis, en odio y hostilidad á la Iglesia y al catolicismo, las contradicciones en que ha incurrido, y en guerra declarada al castellano, á la lógica y al sentido común, constituyen las notas de las declamaciones convencionales salmeronianas.

A ojos vistos defiende el error, y sin guardarse siquiera en apariencia de la manifestación del absurdo.

En sus discursos Salmerón ha dicho que consideraba como un ataque á la libertad de conciencia el restablecimiento de la asignatura religiosa en los Institutos (aun con esos límites con que la dejó el racionalista Puigcerver). Y luego, tan fresco, considera como la cosa más natural del mundo que el Estado *imponga hasta con sanción penal una instrucción nacional laica, una enseñanza sin Dios y una moral cívica*, esto es, librepensadora, en las escuelas y demás centros de instrucción pública.

¿Se respeta así la libertad de conciencia de la inmensa mayoría de los ciudadanos españoles que sean padres de familia y lleven sus hijos á los establecimientos oficiales?

¿Cree el Sr. Salmerón que él y los que como él piensan en librepensamiento, respetan la libertad de conciencia de los jóvenes que asistan á las cátedras oficiales enseñándoles que Dios es una *idea petrificada*, que no hay nada divino más que el mundo inmanente y eterno y único, compuesto de materia y fuerza que se desenvuelven en evoluciones continuas, en una de las cuales y como consecuencia del organismo del antropiteco *adivino* el llamado espíritu del hombre?

¿Cree el Sr. Salmerón que es verdadera moral, ni siquiera sombra de moral, esa moral laica, cívica é independiente, que él sustenta emancipándola de la religión positiva de Cristo, y apoyándola á su vez en una concepción grosera de positivismo determinista, en la cual desaparece con la noción de la ley divina la noción de la libertad humana, bases necesarias de toda moral?

¿Es que pretende el Sr. Salmerón que no tenga valor la moral de Cristo, la moral divina, que la moral del catolicismo no tenga valor social, valor trascendental en la conciencia, sobre todo en un pueblo católico como el español, y sin embargo, que el Estado imponga *como cartilla del ciudadano* en las escuelas sin crucifijo y sin catecismo, y en los Institutos ateos, y en las Universidades ateas, la moral subjetiva é individual del Sr. Salmerón, moral contraria al bautismo, moral contraria al matrimonio canónico, moral contraria al cementerio y favorable al muladar del antropiteco, moral sin autoridad y sin libertad?

Enfrente, pues, de la teoría docente que sostiene Salmerón de que el hombre es por su propia naturaleza *laico*, esto es, un ser sin Dios y sin ley en la creación, un ser que no es causa libre de sus actos, sino un ser que se determina en condiciones exteriores del medio ambiente, nosotros sostenemos que el hombre por su propia esencia y naturaleza racional es un *ser religioso*, y como religioso moral y como moral jurídico y social, y que en tal concepto debe ser enseñado y tiene derecho á ser enseñado en el fervor de Dios, en el amor á Jesucristo, en el bien, en la verdad y en la justicia.

## El Padre Basilio Boggiero, de las Escuelas Pías

El amor á la patria es un sentimiento humano y cristiano que no podía dejar de tener egregios representantes entre los católicos célebres del siglo XIX, y especialmente en nuestra guerra contra los franceses. Tienen esto de notable cuantas se hicieron á Napoleón, á pesar de haber restablecido por miras políticas el Catolicismo en Francia; en los imperiales se vió siempre y en todas partes á los herejes; Druot era una excepción de todo punto extraordinaria.

Calahorra, Numancia, Sagunto habían quedado muchos siglos sin imitadores; la primera ciudad que pudo comparárseles fué Zaragoza. No en vano se había levantado el Pilar en las márgenes del Ebro, y este *Paladión* no podían robarlo los astutos Uli-ses de Bonaparte. Sin murallas más que los pechos de los habitantes, sostuvo Zaragoza uno y otro asedio, como Alcalde Ibieca y Toreno los han descrito, y las pruebas que en ellos se dieron de amor á la religión y á las tradiciones patrias son superiores á todo encomio. «Nuestros gigantes padres tomaron á Zaragoza, dice Victor Hugo en sus *Chatiments*, para llenar de vergüenza la cobardía de sus descendientes, que lo que aquellos hicieron contra el Torrero y Santa Engracia, lo ensayaban contra el café de Tortoni.»

Palafox, San Genís, Agustina Zaragoza, el tío Jorge, Manuela Sancho y Boggiero, representan un sentimiento unánime y general, cada cual en su profesión y clase. Bien mostraba ser Zaragoza la ciudad de la *massa cándida*, que decía Prudencio, y de los innumerables mártires. Como Roma enviaba á Numancia sus mejores caudillos, así Napoleón á Zaragoza sus más invictos mariscales. El segundo sitio fué aún más glorioso que el primero. La lucha ya no era en el campo ni en las calles, sino de casa en casa, donde ya reinaba el hambre y la peste, sin que pudiesen ablandar los ánimos de aquellos leones. La campana de Santa Engracia reunía en torno del héroe Palafox aun á los decrepitos y moribundos. Ya había pronunciado San Genís aquellas notables palabras: «no se me llame á Consejo, si se trata de capitular, porque nunca será mi opinión que no podamos defendernos». Morían 350 personas cada día, y algunos hasta 500. Y cada gallina se vendía por el precio de cinco pesos fuertes.

Para saber lo que entonces sufrió Zaragoza, hubieran debido saber los franceses lo que sus hijos padecerían en 1870 entre *La Commune* y los alemanes sitiadores. Como dice Toreno, «los zaragozanos no sólo querían conservar los escombros de sus edificios, sino recobrar los perdidos». Se apoderaron, sin embargo, los franceses, en 1.º de Febrero, de San Agustín y Santa Mónica;

mordió el polvo el general Lacoste; cayó en poder de los imperiales el convento de los Franciscanos falto de aquellos defensores, «á quienes, como decía un jefe francés, era menester matarlos para vencerlos». Enfermó por entonces Palafox, y se propuso la capitulación firmada por los zaragozanos y por Lannes. Palafox quedó cautivo, aunque tuvo en su caída gloriosísima, suerte mejor que su competidor de Gerona D. Mariano Alvarez.

El Clero, ó mejor dicho, las Congregaciones Religiosas tuvieron brillante representación en muchos de sus individuos; pero sobre todo en el P. Basilio Boggiero, de las Escuelas Pías, maestro que había sido de Palafox, y escritor de alguna fama en prosa y verso. Si otros no hubiese, el ejemplo de aquel general bastaría para demostrar que la enseñanza dada por los Regulares nada enfria ni debilita los sentimientos patrióticos. Palafox reverenciaba al P. Basilio, y convencido de su saber, obedecía á sus indicaciones, tanto más cuanto que en el puesto de más peligro siempre se les encontraba juntos. También se habían estrechado los vínculos de aquella relación, ya muy fuertes, y vivían en la misma casa el maestro y el discípulo.

¡Cuánto se aumentaba el ardor de los buenos españoles al ver un Padre de la popular Religión de las Escuelas Pías emplear, cual otro Arquímedes, su talento y saber y su incansable actividad en pró de la causa española! No parece sino que la sombra de Boggiero ha protegido siempre á sus hermanos en las mayores crisis de las órdenes religiosas. Acompañaba á Boggiero el individuo del clero secular D. Santiago Sás, otro de los héroes en los dos asedios. Pero bien conocía el valeroso Escolapio que la enfermedad de su discípulo traería consigo el desastroso fin del segundo. Bien sabía que Palafox increpaba al Mariscal diciéndole: «La sangre española vertida nos cubre de gloria; al paso que es ignominioso para las armas francesas haber vertido la inocente. El entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresión y el que quiere ser libre lo es».

Mas no detengamos la relación de la catástrofe de Boggiero, que cayó envuelto en las ruinas de la ciudad. Una mano traidora, á los tres días de firmada su capitulación, llama á la puerta del Escolapio, ábrese y aparecen los *seides* de Bonaparte, el alcalde mayor Solanilla y un pelotón de granaderos. A empellones arrastran hacia el Puente de Piedra á Boggiero y al Capellán Sas, y en el indicado punto los traspasaron á bayonetazos. ¡Vergüenza que un nombre español figure entre los de aquellos verdugos! «No se oyó, dice Toreno, de la boca de Sás, ni tampoco de la de Boggiero, otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte tan bárbara é impensada. Contólo así después y repetidas veces el capitán francés, encargado de su ejecución, añadiendo que el mariscal Lannes había mandado los matase sin hacer ruido. ¡Atrocidad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zarago-

za las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad.» Ni una palabra más, después de este valiente y sentido epifonema del historiador de nuestros modernos héroes.

A. BALBÍN.

---

## CRÓNICA LITERARIA

---

YXART.—UN LIBRO DEL P. PÉNDOLA.

Durante los días que van transcurridos desde la muerte del crítico catalán, honra de la literatura española, se ha escrito tanto acerca de su personalidad literaria, que es difícil ya hablar de él airoosamente en la forma en que yo me atrevo á hacerlo. Pudiérase —claro está— decir muchas cosas hasta ahora no dichas, acerca del malogrado escritor, en un libro ó en una serie de conferencias —que todo esto se merece y es de esperar que lo haga el Ateneo barcelonés, al que dió Yxart días de gloria;— pero en un artículo periodístico no cabe ya, después de lo que se ha hecho, ni agotar el elogio ni entregarse á disquisiciones que debieran ser prolijas y pesadas en no brotando de la pluma de un maestro.

Eralo Yxart en ésta y en otras muchas fases que presenta el arte literario; y así en el periódico, sin dejar de tomar elevado punto de vista, constreñía la argumentación —que de este modo ganaba en vigor lo que perdiera en desarrollo— y exteriorizaba su pensamiento de manera, que el lector para quien fuese inasequible la doctrina gustase del artículo por la amenidad del lenguaje.

Con lo cual, dicho se está que era Yxart periodista, y periodista conspicuo; y sin embargo, no quiso serlo militante. Aun cuando escribió mucho para los periódicos, no trazaba su pluma artículos, sino capítulos de libro, que en gran parte han venido á formar los tomos de su precioso anuario *El Año pasado* (letras y artes en Barcelona.)

Hizo bien. El mismo había dicho en un esbozo biográfico de su gran amigo D. Juan Mañé y Flaquer, que en los periódicos disemina y desperdicia el escritor de fuste pensamientos que pasan con el número del diario en que van insertos, y que reunidos en un libro bastarían á consolidar una reputación.

Yxart tenía derecho á perpetuar en volúmenes pensamientos que habían de ser duraderos y que debían ejercer no poca influencia en las letras y sobre todo en la manera de pensar y de sentir de la juventud literaria entre la cual llegó á ser popularísimo. Y lo fué de la manera incongruente que vino á serlo Mañé

y Flaquer en el terreno político: con sólo su pluma, puesta al servicio de su conciencia.

Sin haber sido nunca político, tiene Mañé una autoridad política indiscutible; y arremetiendo contra la democracia —por que así cumplía á su conciencia— en estos tiempos de honda obcecación democrática, se ha hecho respetable ante las personas que conservan alguna sensatez. Por su parte, Yxart, revolucionándose contra poderes erigidos por la ignorancia atolondrada, y contraviniendo, con una constancia y un valor admirables, gatuperios literarios y artísticos, que no por tales, dejaban de ser ensalzados por la muchedumbre, consigue no ya el aplauso de las personas ilustradas, sí que también el acatamiento del mismo público por él desautorizado.

Hay muchos puntos de contacto entre el viejo escritor político y el malogrado crítico literario. Ambos influyen en la muchedumbre, no adulándola, sino imponiéndose á ella con una doble é incontrastable fuerza: su talento y su elevación de miras, unidos á un impulso de voluntad irresistible.

Yxart ha escrito mucho sobre diversos asuntos literarios. En catalán recuerdo sólo unas poesías muy hermosas y una conferencia leída en la *Lliga de Catalunya*, á raíz de la Exposición Universal, acerca de la oratoria de algunos políticos españoles. Ha escrito principalmente en castellano, sobre el cual ejerció un dominio completo, subyugando el lenguaje al pensamiento, sin violentarle. Era sobrio, castizo, elegante y ameno. Aborrecía lo que se llama párrafos brillantes, y gustaba de vincular en una palabra lo que podía ser objeto de una cláusula. Con lo cual, empero, nunca acusaba dureza lo ceñido de la frase, ni rebuscamiento la completa propiedad del vocablo; sino que sabía embellecer la solidez de la factura vistiéndola de amena espontaneidad.

En el desarrollo de su pensamiento ocurre algo de lo que queda dicho. En sus escritos se da á las ideas su importancia propia, desglosando adecuadamente las principales, sin deslabazar ninguna, y contentándose con enunciar las secundarias. Así no fatiga al lector, pues le facilita la intelección de lo abstruso y le lleva derechamente al objeto primordial.

Conciliase fácilmente en este escritor la austeridad de la doctrina con el placentero entretenimiento; y así, junto al severo discurso se echa de ver artículos satíricos que, por lo sutil de la observación y el gracejo de la forma, podrían ser dignos de Larra.

Acerca del Teatro, al cual se dedicó preferentemente, deja Yxart larga y excelente labor. Comenzó estudiando los dramas de Schiller y con su campaña (de ahí data principalmente su reputación) contra los popularísimos actores Rafael Calvo y Antonio Vico; prosiguió dando á conocer y encareciendo las grandes

cualidades de Novelli; y pasando de los actores á los autores y á las obras, ha muerto sobre el trabajo, dejando sin concluir su obra magna *El Arte escénico en España*; de la cual, sin embargo, queda publicada una gran parte y por ella se colige su importancia. Versa sobre el teatro español contemporáneo, desvaneciéndose en ella no pocas preocupaciones, y acusándose, por modo irrefutable, la decadencia actual del arte en que se ocupa. Es lástima, y grande, que la muerte le impidiera terminarla; que ella hubiese sido cátedra rica de pensamiento y de erudición, abierta á cuantos quisieran entender en el movimiento teatral de España en la actualidad, y de lo que debe ser el teatro, sin necesidad de aceptar indiscutiblemente el criterio del autor en todas sus partes.

Aun cuando en sus escritos emite Yxart las ideas sin ínfulas doctorales, con todo, sus críticas, no sólo tienen el valor de ser obras de un talento poderoso, sino que están siempre sometidas á un proceso filosófico que sin hallarse recluso en exclusivismos, tiende á subordinar todas las ideas á un solo pensamiento sintético. En dos obras principalmente puede conocerse lo que piensa Yxart acerca de lo que debe ser la crítica. Es una ellas la conferencia con que en Febrero de 1888 inauguró las que se dieron en el Círculo Artístico, y algunas de cuyas aseveraciones dió origen á una memorable polémica entre el conferenciante y el reputadísimo literato D. Luis Alfonso, muerto también en la plenitud de su vida y de su talento.

La segunda obra á que me refiero es el notable discurso con que inauguró Yxart las tareas ateneistas en el curso académico de 1892 á 1893. Este discurso, que versa principalmente sobre crítica literaria, es una magnífica compilación de las tendencias archimodernistas, que someten el arte á un proceso antropológico, asignándole como objetivo único el dar á conocer la naturaleza del autor, y por ahí, ascendiendo por inducción rigurosa, la de todo un pueblo, con sus diversas modificaciones. Yxart no determina aquí conclusión alguna; parece un tanto enamorado de la doctrina, pero no se atreve á proclamarla, antes bien, después de haberla desglosado y aclarado admirablemente, haciendo de ella oportunas aplicaciones, denuncia con lealtad los fracasos de la misma, y reconoce que de ella proviene el retorno al espiritualismo.

Yxart ha sido pues, no sólo un crítico eminente, sí que también sincero; y ya que no en todo hayamos de estar conformes con sus convicciones, debemos reconocer que no puede acusársele de buscar en sus escritos otra cosa que no sea el esclarecimiento de la verdad.

España ha perdido, pues, á uno de sus primeros escritores, cuyo talento, capaz y exacto, le permitía ver las cosas por todos

sus lados, convenciendo sin esfuerzo al lector, que siempre encontraba algo nuevo en sus escritos.

Balmes ha dicho que al talento superior se le conoce por el punto de vista desde el cual mira las cuestiones. En este concepto, bien podemos asegurar que Yxart era un escritor insigne.

\*  
\* \*

Un libro (1) tengo á la vista, que he recibido há pocos días, y cuya lectura recomiendo desde este instante al lector. No es una obra abultada, ni su autor se propuso dilucidar en ella grandes cuestiones filosóficas ó literarias; pero eso no empece para que revistan sus páginas una importancia grande é indiscutible.

Aun cuando va dedicado principalmente á la juventud, y hasta ha sido editado de manera que pueda ser un excelente premio para exámenes, bien merece ser leído por gente madura, pues sus enseñanzas á todos se extienden y en no pocos pueden obrar grandes bienes.

No es que se quiera hacernos á todos frailes ni con mucho, sino cosa muy diversa. Se nos enseña á vivir entre los hombres de manera conducente á que sin separarnos de ellos podamos santificarnos; y aun me atreveré á decir que esas enseñanzas nos permiten disfrutar los goces honestos de la vida, poniéndonos á cubierto de lo pecaminoso. Lejos de enemistar al joven con la sociedad, le enseña el libro en que me ocupo á vivir en ella de manera que pueda recabar de la misma el afecto y el respeto de todos.

Explicado ya el asunto de la obra, me bastará decir, para encajear su importancia, que su autor es el insigne escolapio italiano Padre Péndola, y que el cardenal Monescillo la recomienda con gran solicitud.

La traducción por el P. Anastasio García, es correcta y hace agradable la lectura.

Es de esperar, pues, que la casa Farriols Amat, encargada de la venta en Barcelona, agote en breve la edición.

JUAN BURGADA Y JULIÁ

---

(1) *Guía de la Juventud en sus relaciones religiosas y sociales*, por el Rdo. P. Tomás Péndola, de las Escuelas Pías. Traducción del italiano con un prólogo del Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal Monescillo. Con la aprobación de la Autoridad eclesiástica. —Madrid, 1895.

## Consecuencias religiosas políticas é internacionales del Congreso de Westfalia.

(Conclusión)

Pero, hasta que convino á los intereses de Francia, no se llegó á ninguna solución práctica. La nación vecina, llegado dicho caso, intervino de buena fé en los preparativos que se realizaban para la reunión de una Asamblea internacional, y merced á su mediación, se acordó que las conferencias se celebrarían en las ciudades de Munster y Ornabruk, pertenecientes al círculo de Westfalia, distantes entre sí seis leguas, con fáciles comunicaciones. Designáronse dos ciudades, porque dados los odios aun existentes entre católicos y protestantes, era muy difícil que pudiesen vivir juntos unos y otros en una misma ciudad guardándose mutuamente aquellas consideraciones exigidas por la cortesía internacional, siendo posible que por una simple cuestión de etiqueta, por el rozamiento más insignificante, se trocase el Congreso en campo de Agramante, tanto más, habiendo el antecedente de haber empezado la guerra por el quebrantamiento de los deberes internacionales, por un ataque á la inviolabilidad diplomática, mediante la ya indicada defenestración de Praga.

Como se vé, habíase dado un gran paso; empezábase á vislumbrar en todos los semblantes la esperanza de próximo arreglo: por fin parecía que iba á reunirse un cuerpo deliberante, ante el cual expondrían los diversos Estados sus pretensiones, y cuyas resoluciones habian de tener trascendencia extraordinaria, marcando nuevos derroteros al desenvolvimiento de los pueblos en lo porvenir, é influyendo en gran manera en la suerte posterior de alguno de ellos.

En 1641, por mediación de Dinamarca, se firmó en Hamburgo un tratado que se llamó de preliminares, resolviéndose por él algunos puntos indispensables para facilitar la tarea encomendada á los diplomáticos. Consignábase en este convenio, que los plenipotenciarios católicos residieran en Munster, y los protestantes en Ornabruk, que si bien las conferencias se celebrarían en las dos partes, se considerarían en su unidad como acordada por un solo Congreso; durante el tiempo que durasen las negociaciones, el emperador de Alemania consideraría neutrales ambas ciudades, desligándolas del juramento de fidelidad que le habían prestado; y últimamente, que el propio soberano facilitaría salvoconductos á los enviados de los protestantes que le habían hecho la guerra para que pudiesen trasladarse de un punto á otro con toda seguridad. Fijábase, además, el siguiente año, 1642, para la inauguración del Congreso.

Pero en esta fecha, no pudo efectuarse la reunión de los di-

plomáticos, por haber surgido nuevas é inesperadas dificultades. Francia y las naciones protestantes, no procedieron con la debida actividad y procuraban ganar tiempo con objeto de obtener nuevas victorias, á la sombra de las cuales pudiesen ser después más exigentes, porque es de advertir, que mezclados los intereses políticos con los religiosos, entraba en las miras de algunos gobiernos, principalmente del de la nación vecina, obtener ventajas territoriales. Por su parte, el emperador no se conformó, con lo acordado en el tratado de preliminares, tomando por pretexto que su embajador, no había cumplido fielmente su misión—concediendo más de lo que le permitian las instrucciones recibidas del gobierno alemán, y se negaba á desligar las dos ciudades antedichas, del juramento de fidelidad, así como á la concesión de salvoconductos.

A fuerza de constancia, y no sin grandes esfuerzos, se logró resolver los nuevos obstáculos, pudiendo ratificarse en 1642 el tratado de preliminares, acordándose que el siguiente año comenzarían definitivamente las deliberaciones. Así ocurrió en efecto: en 1643 empezaron á afluir á las ciudades previamente designadas, Munster y Ornabruk los representantes de las naciones interesadas en el gran litigio internacional que iba á resolverse, durando las deliberaciones cinco años, tiempo que no puede considerarse excesivamente largo si se atiende á la trascendencia de los asuntos puestos sobre el tapete.

En tres grupos, pueden clasificarse los embajadores que concurrieron al Congreso de Westfalia, atendiendo el carácter que en el mismo ostentaban y las tendencias por ello simbolizadas. Tratóbase de resolver el conflicto surgido por la aparición de la reforma, y á primera vista parece que la división más natural, debe ser la que distinga entre los representantes de las naciones católicas, y de las protestantes; pero muchas veces las lecciones de la realidad, modifican los pensamientos y las afirmaciones más justificadas, y así ocurre con esta cuestión, porque conforme hemos indicado, naciones católicas que debieran haber prestado su concurso á la causa de la Iglesia, no tuvieron gran reparo en ponerse al lado de los innovadores, y otras muchas permanecieron indiferentes, si bien al sonar la hora de verificarse una modificación de los límites de los Estados, á causa de las perturbaciones introducidas por la guerra, enviaron también sus representantes á la Asamblea, constituyéndose así uno de los Congresos internacionales más importantes de los reunidos en el decurso de la historia de la diplomacia, hasta el punto que muchos autores lo consideran como el origen del derecho internacional moderno, afirmación á nuestro juicio algo exagerada, según tendremos ocasión de observar al hacer el juicio crítico de sus acuerdos.

Precisa, pues, partir de otro punto de vista para la agrupa-

ción de los plenipotenciarios asistentes á este Congreso. En el orden político, intentóse, mediante la contienda á mano armada abatir el poder de la Casa de Austria, y por tanto, la mejor división, debe distinguir los embajadores de las potencias afectas á esta familia, los de los protestantes y de Francia, y principalmente enemigos de aquélla, y los de varias naciones que se habían mantenido neutrales.

En el primer grupo figuraban los representantes de España y del imperio de Alemania, puesto que en ambas naciones reinaba la Casa de Austria, y los de otros Príncipes de algunos Estados de Europa que habían tomado parte en la lucha, á su favor, como los duques de Baviera y de Lorena, los electores de Maguncia y de Colonia. Constituyen el segundo miembro de la clasificación, los que tenían en el Congreso la misión de procurar el abatimiento de la preponderancia austriaca, y aquí al lado de los representantes de las naciones protestantes, encontramos los de algunos pueblos católicos; así, deben contarse de una parte los embajadores de Suecia y de las Provincias Unidas de los Países Bajos, y de otra los de Francia, el duque de Saboya y el elector Tréveris. El tercer grupo, está formado por los enviados diplomáticos de las potencias neutrales, que no habiendo tomado parte en la lucha, les interesaba alguna de las cuestiones que el Congreso estaba llamado á resolver, como los representantes de las ciudades anseáticas, del margrave de Brandeburgo, de los Cantones suizos y de algunos pequeños Estados de Italia.

Largo espacio ocuparíamos nombrando uno á uno los embajadores de todas las potencias; y como por otra parte no es del todo necesaria tal enumeración para juzgar las consecuencias del Congreso, nos limitaremos por vía de adición á estos antecedentes de la reunión de la Asamblea, á indicar cual fué la representación diplomática de España, y de las naciones con que debíamos tratar principalmente.

Las Provincias Unidas de Holanda, que se hallaban en abierta insurrección contra nuestra patria, tenían numerosos representantes, uno por cada provincia; Francia estuvo representada por el conde de Aveaux y los duques de Longueville y de Laroche.

En cuanto á España, nombró para representarla, en un principio al ilustre literato Diego de Saavedra Fajardo, peritísimo en las cuestiones diplomáticas, como lo demuestra su obra «Las empresas políticas», enviando también al Congreso á Fray José de Bergaño, arzobispo de Cambray, á Gaspar de Bracamonte y Guzman, conde de Peñaranda, y Antonio Brum. Saavedra Fajardo fué llamado por desgracia á España, en 1646, quedando encargado de dirigir la representación de España, el conde de Peñaranda, ilustre profesor de la Universidad de Salamanca, pero muy poco versado en materia diplomática, no reuniendo aquellas especiales condiciones que la diplomacia requiere, y la ha-

bilidad que era indispensable en circunstancias tan graves y excepcionales. A éste, sucedió más tarde el último que hemos nombrado, Antonio Brum, del Consejo de Flandes, que había desempeñado otros cargos importantes, diplomático muy experto, que logró que los Países Bajos separasen su causa de la de Francia.

Cataluña, á la sazón sublevada contra el gobierno del Conde-Duque, envió para que la representase en el Congreso, al presidente de la Audiencia de Barcelona, Francisco Fontanella, y Portugal, que había levantado la bandera de la rebelión, ávido de obtener su libertad, comisionó á Francisco Andrade y Pedro Luis de Castro, pero estas representaciones no fueron aceptadas por España, si bien tanto los embajadores de Cataluña como los de Portugal, tomaron parte en el Congreso, con el carácter de agregados á las misiones diplomáticas de Francia y de Suecia.

Actuaron como mediadores en todas las negociaciones el representante de Venecia, Luis Cantarini, y el del Papa. Este, designó en un principio al Cardenal Roseti; pero fué rechazado por Francia, alegando su inclinación á la Casa de Austria, juzgando que no tenía la imparcialidad necesaria en toda mediación. Pensó entonces el Papa en el Cardenal Ginette, que ya había de desempeñar igual cargo en el fracasado Congreso de Colonia, y por último, á instigación del Cardenal Mazarino, nombró á Fabio Chigi, que si no era acepto á la casa de Austria, tampoco era hostil.

También Dinamarca envió su representante, para que sirviese de mediador, pero Suecia, su rival, se opuso á ello, declarándole al efecto la guerra, para impedir que pudiese desempeñar la mediación que tanto deseaba aquella potencia.

Quedaron, por tanto, como únicos mediadores, los representantes de Venecia y del Papa.

CASIMIRO COMAS DOMÈNECH.

*Madrid, Mayo 1895.*

## LA INDIFERENCIA RELIGIOSA

### II

La indiferencia religiosa es imposible. Todas las facultades del hombre la rechazan: inteligente, quiere conocer; sensible, teme, espera y ama; activo, se apresura á comunicar á otros sus afecciones y sus pensamientos. ¿Cómo ha de creer en la indiferencia religiosa el que ha abrazado un culto porque le supone verdadero? ¿cómo ha de creer que los que profesan otra religión, acaso de dogmas contrarios á los de la suya, han de merecer tanto á los ojos de Dios como los que le tributan el verdadero culto? Sería preciso que el entendimiento fuese indi-

ferente respecto de la verdad, y esto es tan imposible, que, antes bien, la verdad es su objeto necesario. Por eso se dedican tantos hombres al estudio con un ardor que consume en poco tiempo la lozanía de su vida; por eso penetran á costa de tantos trabajos en las obscuridades casi impenetrables de la ciencia; por eso pasan sus mejores años descubriendo un fenómeno y analizando todas sus circunstancias; por eso dejan la quietud y reposo de sus gabinetes y se entregan á registrar con el más vivo interés los anales de los pueblos. Y si tal y tan grande es la necesidad que tiene el hombre de encontrar la verdad humana, digámoslo así, ¿será indiferente nada más respecto de la verdad religiosa, á la cual van unidas toda su existencia y felicidad eternas? ¿Descansará el hombre tranquilo en sus creencias aunque vea que son un conjunto de extravagancias, siendo así que para la dirección de la vida social, política y física procura adoptar los principios que más se acercan á la verdad? ¿Podrá por sí solo elegirse una religión, como quiere el indiferentista, siendo así que un grano de arena confunde su soberbia, demostrándole la pequeñez de su inteligencia? ¿Con que tiene necesidad de oír á un maestro ó superior en todos los incidentes de su vida, y sólo en la ciencia religiosa, la más difícil de todas, por las relaciones que abarca, ha de ser de sí mismo único doctor y maestro? Es imposible: y he aquí como se explica que se convierta en una Babel todo pueblo en donde cada individuo es árbitro de formarse su religión. Doquiera que no se oiga á la Iglesia que es la depositaria y el intérprete de la revelación que sacó al género humano de tantas miserias, la razón humana extraviada reproducirá los tiempos en que se creía honrar á Dios con las más vergonzosas impurezas y los más repugnantes crímenes.

Preciso es confesar que tienen formada de Dios una idea muy baja y sumamente equivocada los que opinan, si es que lo opinan formalmente, que del mismo modo se complace en el culto que le tributa el mahometano sensual, que en los homenajes puros de los que le adoran en espíritu y verdad; en las sectas que autorizan el infanticidio y la muerte de los desgraciados, que en los sacrificios de las hijas del español San Vicente de Paúl; en las adoraciones que Israel tributó al becerro, que en el celo del gran legislador del pueblo hebreo.

La indiferencia religiosa es contraria á la razón en cuanto afirma que todas las creencias son igualmente verdaderas. La verdad es una, es cierta, es inmutable, y Jesucristo es la verdad, como está probado con todo género de testimonios. No hay más que una fe y un Evangelio, y son la fe y el Evangelio de Jesucristo que están fundados en la veracidad del mismo Dios. Los que se salvan, se salvan por la verdad; los que se pierden no han creído en la verdad. Valiéndonos de las palabras nada sos-

pechosas de Rousseau, en su *Emilio*, diremos con este filósofo que entre tantas religiones diversas que se prescriben y excluyen mutuamente, una *sola* es la buena; y añadiremos con el cristiano Bonald, que nada hay indiferente en la naturaleza, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni en las ciencias y artes y mucho menos en la religión. En todo hay verdadero y falso, bueno y malo, orden y desorden... en la especulación como en la práctica. La suposición de que todas las religiones son indiferentes, no es sostenible en buena filosofía, y si hay verdad y falsedad en las religiones que, aunque opuestas entre sí, no dejan de ser la relación, verdadera ó falsa, entre Dios y el hombre y entre éste y sus semejantes, la sanción del poder, la regla de los deberes y la base de la sociedad, ¿cómo es posible que Dios, que es la inteligencia y la verdad suprema, haya rehusado á los hombres, inteligentes también y capaces de conocimiento y de amor, todo medio de distinguir lo verdadero y lo falso en las relaciones que los unen con la divinidad? Y si el hombre puede distinguir el bien y el mal en las diversas religiones ¿cómo puede suponerse que le sea lícito permanecer indiferente á la verdad y el error á él que no debe estar indiferente y en quien la indiferencia tiene el carácter de estupidez?

Es contrario á la razón decir que todas las religiones son igualmente ventajosas; pues habiendo religiones que son evidentemente erróneas, necesariamente serán dañosas. ¿De dónde vinieron los vicios en que se vieron envueltas las naciones sino de los mismos altares paganos? Bossuet, en su *Historia Universal*, pinta con delicado pincel las escenas de impureza y corrupción que ofrecía el paganismo en medio de la culta Grecia que atribuía sus victorias á las oraciones que dirigían á Venus la cortesanas prostitutas. Lactancio, es sobre todos, el que prueba mejor que no podían ser buenos los que tributaban culto á los dioses, puesto que, para aplacarlos con sus cultos, tenían precisamente que valerse de todas aquellas cosas con que se alegraban y deleitaban; derramar sangre en honor de Marte y Belona, expulsar á sus hijos al reverenciar á Júpiter y Saturno, despreciar la honestidad al tributar oraciones á una diosa desnuda y adúltera que se la suponía como prostituta de los dioses, consagrarse al robo y dilapidaciones al respetar á Mercurio que enseñaba á engañar á los demás, y en una palabra, entregarse á los más vergonzosos placeres al quemar incienso en aras de todos los dioses.

La indiferencia religiosa es, además, contraria á la razón, porque la razón no pudo jamás inventar una religión que fuese digna de las públicas adoraciones. Dios sólo nos hace conocer las cosas de Dios. La luz de nuestro entendimiento, Dios es: y sin él todo es error y tinieblas. De Dios hemos de aprender lo que acerca de Dios hayamos de entender. En confirmación de esto,

bastará recordar que los cuatro siglos que precedieron á Jesucristo, no obstante de haber sido tan brillantes, demostraron al espíritu humano la insuficiencia de sus luces en lo que mira á la religión y á los deberes más sagrados del hombre. La historia de la razón es el catálogo de las más abominables extravagancias.

Hemos procurado demostrar que el indiferentismo religioso es contrario á la razón; en el artículo siguiente lo presentaremos como funesto al individuo, destructor de la sociedad é injurioso para el mismo Dios, terminando con la afirmación de que es imposible que la indiferencia tenga albergue entre los pueblos católicos, sopena de una monstruosa ingratitud, y de romper su brillante tradición y su hermosa historia, cuyas páginas rezuman glorias que están identificadas con la fé y con las creencias cristianas.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

31 Mayo 1895.

## CARIDAD

No nos dejaste ¡oh Cristo! cuando la grey traidora  
 en tí agotó las iras del negro Satanás.  
 Donde el mendigo pide, donde el humilde llora,  
 allí, Señor, estás.

Tu voz es la esperanza que nuestra alma llena,  
 que extingue los profundos latidos del dolor.  
 Cuando me espanta y duele la desventaja ajena,  
 te siento en mí, Señor.

¡Oh caridad sublime! ¡Oh aspiración del cielo!  
 ¡Oh rayo que descienes de la sagrada cruz!  
 y esparces por la tierra suavísimo consuelo,  
 resignación y luz.

Tú riges los impulsos del corazón cristiano,  
 tú calmas de la vida la ronca tempestad,  
 tú lloras con el triste, tú apoyas al anciano,  
 tú apoyas la orfandad.

Tú, con sereno rayo como la luz del día,  
 dilatas por doquiera tu limpio resplandor;  
 tú ahuyentas esa noche fatídica y sombría,  
 la noche del dolor.

Tú calmas las angustias del lastimado pecho,  
 las lágrimas enjugas con cariñoso afán:  
 tú das valor al débil, al peregrino lecho,  
 al desvalido pan.

Recoges el aliento postrer del moribundo,  
 vas, como amante madre, del desdichado en pos;  
 por tí los pobres mueren sin renegar del mundo,  
 sin acusar á Dios.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

## LA PRENSA CATOLICA

«El apóstol San Pablo, si viviese hoy, sería redactor de un diario católico.» Esta célebre frase del gran Obispo de Maguncia, Guillermo Manuel Barón de Kettler, de gloriosa memoria, sintetiza toda la importancia que en nuestros tiempos tiene el periodismo católico. Si hoy día en muchos países la Iglesia florece y su espíritu domina las masas populares, tal estado de las cosas no es *causa* sino *consecuencia* de la buena organización y gran extensión numérica de la prensa cristiana.

Para comprobar la exactitud de esta tesis sirva el siguiente hecho:

Hace casi diez años se dirigió un piadoso católico á un Obispo alemán, entregándole la cantidad de veinte mil marcos para la reconstrucción de la vetusta iglesia de su pueblo natal y pidiéndole á la vez que la curia episcopal administrara aquel dinero y acumulara sus intereses hasta llegar á la cantidad precisa para la obra. Entonces el prelado preguntó:

—¿En su pueblo existe un hospital católico?

—No, Monseñor.

—¿Y un diario católico?

—Tampoco.

—¿Un círculo de obreros católicos?

—Menos.

—Pues bien, si usted quiere, con su dinero en diez años se construirá la iglesia, se fundará el hospital, se formará el círculo de obreros y se editará el diario: dedíquelo á la publicación de un periódico católico que desde su primer número empezará á hacer propaganda para el hospital, la iglesia y el círculo de obreros.

Así se hizo; se fundó el periódico con dos ediciones por semana, en el segundo año se agregó una tercera, y en el cuarto año empezó á salir seis veces contando con un número bastante elevado de suscritores.

Poco después se fundó el círculo de obreros; su situación es hoy ya tan próspera que piensa comprar una casa.

El pequeño hospital, cuenta dos años de existencia, florece felizmente y á principios de Abril se consagrará la iglesia; coincidirá el día de su inauguración con el décimo aniversario de la publicación del diario.

Hechos análogos se pueden constatar por todas partes; en los países donde los católicos tienen una buena prensa, domina el espíritu cristiano entre ellos: véase Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza, Inglaterra, los Estados-Unidos, Canadá, Australia y otros. En las naciones donde recién empieza á organizarse la prensa católica también comienza á renacer la vida religiosa: véase

Austria, Hungría, Francia, Portugal y algunas repúblicas sud-americanas.

Felizmente, ya casi no hay país católico donde no se haya dado principio al apostolado de la prensa, si bien en algunos pocos este principio todavía es bastante rudimentario.

Conviene repetir aquí las hermosas palabras del eminente prelado que ocupa la silla episcopal de Montevideo: «La prensa católica es el punto de partida de la lucha por la defensa de la fe; y el impulso á la misma es el que nos salvará.

»Sin élla fracasarán todos nuestros esfuerzos y todos los sacrificios que se hagan en pro de la santa causa.

»Tal la necesidad de los tiempos presentes: el óbolo de la suscripción á un diario católico es más meritorio y vale más en las actuales circunstancias que el dado para contribuir á la creación de un templo ó de un asilo.»

Es así efectivamente la situación.

Se fundan, por ejemplo, en cualquier pueblo del mundo escuelas católicas: si allá existe un diario liberal y no hay otro católico que las defienda, la vida de aquéllas siempre será precaria, porque al momento empiezan las hostilidades. Si son hermanas las que dirigen el colegio se dice que no enseñan nada sino el Catecismo y el Rosario; que influyen en el ánimo de las niñas á fin de que ingresen en la orden; que no adquieren buenos modales, porque en el convento falta el *roce*; que la comida es escasa y malísima, etc.

Rinden buenos exámenes: pues es una farsa combinada entre la mesa examinadora y las hermanas. Labores: que aprenden á bordar manteles y hacer flores para los altares, nada más.

Con una tenacidad digna de otra cosa, se repiten esas mentiras y dicharachos, y últimamente el noventa por ciento de la gente les da crédito, porque los que sujetan su opinión á las de su diario, son la mayoría. Así se desacredita á las hermanas.

Tratándose de un colegio católico de varones, entonces se dice que no se observan los métodos de enseñanza más modernos y más adecuados y que se trata mal á los alumnos.

Si los profesores son sacerdotes ó religiosos,—que son inmorales; si son seglares, que son hipócritas; en fin, que las autoridades debían clausurar y prohibir semejantes focos de oscurantismo.

Resultado: se creen las calumnias, no habiendo diario católico que se encargue de la defensa de los perseguidos.

Si el cura-párroco es activo y forma como es su deber, congregaciones,—por supuesto, le gusta el roce de las polleras; si exhorta á sus feligreses á cumplir con su obligación de confesarse,—es porque quiere enterarse de todo lo que pasa en el seno de las familias.

¿No se desanimarán finalmente hermanas, maestros y sacerdotes al verse atacados de un modo tan ignominioso?

¿Qué arma tiene el catolicismo para defenderse contra viles enemigos? *Una sola: la prensa. Sin ella todos los esfuerzos son inútiles.*

Supongamos ahora que en la localidad que haya sido teatro de lo que acabamos de referir, se establece un diario católico—¿qué sucederá entonces?

La evolución en la que tres fases distinguirse pueden, suelen ser las siguientes:

Al principio ataques furiosos, contra el «apagavelas, el órgano de sacristía», etc.,—todo el vocabulario callejero se agota; siempre está mal informado, sus suscritores son beatas y frailes, el redactor un ignorante, etc.

Entretanto el diario católico no pierde la sangre fría, contesta en tono formal y decente, sigue imperturbable en la defensa de su causa y paulatinamente la gente juiciosa empieza á quererlo si son amigos de la Religión,—á respetarlo si son enemigos.

Comienza el segundo periodo: cambian de táctica los adversarios.

Cesan los ataques furibundos, desaparece el lenguaje indecoroso. A veces hablan del Papa, muy bondadoso pero «dominado por perniciosas influencias extrañas» ó del ilustrado prelado fulano, «muy docto pero sumamente intransigente.»

Con frecuencia se publican artículos «científicos», transcritos generalmente de otro periódico: buen efecto hacen los de carácter astronómico, geológico ó zoológico en que «científicamente» se constata y comprueba de un modo que ya contestación no admite, tal ó cual axioma opuesto á la doctrina cristiana ó á la narración bíblica.

Nada de improperios—pura «ciencia»—pero bien se conoce el verdadero objeto: «guerra á la Religión»

Otros artículos empiezan con un elogio del Prelado Diocesano: diez renglones. Siguen veinte renglones en que el redactor asegura gran *tolerancia* y la de su partido. Después viene lo gordo: una queja contra un sacerdote, una institución católica ó un decreto de la Curia. Lenguaje muy decente, pero durísimo.

¡Hipócritas! ¿por qué no dan queja particularmente al Obispo que seguramente les atenderá si el asunto lo mereciere?

El último periodo es cuando al rededor del diario católico ya se ha agrupado un buen número de partidarios,—cuando sus enemigos se convencen de que ya no pueden aplastarlo y que las instituciones cristianas ya echaron raíces demasiado hondas para arrancarlas, entonces recién la contienda es de potencia á potencia, la lucha pareja, entonces está ganada la mayor parte de la jornada por los católicos, entonces los enemigos empiezan á *buscar* la cooperación del diario católico para conseguir reformas

de interés general. Al antiguo *apagavelas* se le llama entonces *nuestro ilustrado colega católico*.

Durísima es en los primeros años la tarea del periodista católico, pero grandes también son sus satisfacciones cuando después de la lid los frutos se recogen. Los héroes de la pluma,—según la bella expresión de León XIII—son en nuestro siglo lo que en la edad media fueron los caballeros que al recibir la espada juraron defender la Religión.

La escuela sin Dios, por ejemplo, está ya condenada hasta por los primeros genios del liberalismo, y la tendencia hacia la enseñanza religiosa progresa con irresistible fuerza en las naciones más cultas. Las órdenes religiosas prosperan, siendo justamente en los países más industriales donde con mayor lozanía florecen. Las instituciones é ideas engendradas por el espíritu de la caridad cristiana entran hoy en el programa de grandes partidos políticos y casi todos los pueblos, gobernantes y gobernados, estrechan más y más sus relaciones con el Sumo Pontífice.

La ciencia atea se presenta como un caos de mil opiniones contradictorias, sin ton ni son, sin rumbos fijos,—la anarquía moral é intelectual.

Y esta quiere destruir la roca sobre la que el Redentor su Iglesia construyó, socavar los fundamentos de la más grande institución que el género humano ha visto.

Sería demasiado ridículo creer que sea posible.

TEODORO BOLTZENTHAL.

## ¡MALDITO ALMIDÓN!

Es necesario, Asunción,  
si es verdad que tú me estimas,  
que por completo suprimas  
el uso del almidón;

pues aunque digan bebadas  
y me pongan como nuevo  
los que vean que no llevo  
camisas almidonadas,

el ir cómodo es mi afán,  
y tan duras no las quiero,  
porque parecen de acero  
y no de madapolán.

A mis años ya me arredra,  
y es mi desesperación  
llevar cuellos de latón  
y puños de cartón-piedra.

¡Sufro tantas desazones  
si de camisa me mudó!....  
¡Ay! ¡No sabes lo que sudo  
para echarme los botones!

Adán, hecho de la nada,  
¡qué dichoso viviría  
sin llevar un solo día  
la camisa almidonada!

No hay ninguna diversión  
como vestirse con prisa,  
y ponerse una camisa  
que está llena de almidón.

La operación no es ligera;  
y si el cuello es de los altos,  
me le pongo dando saltos  
y estrujando la pechera.

Echo cuatro maldiciones  
de las mías especiales,  
dejo viudos tres ojales  
que se quedan sin botones;  
después, mi cuello desuello  
poniendo su cutis rojo....  
¡Cuántos pellizcos me cojo  
hasta que me abrocho el cuello!....

En fin; hecho un basilisco,  
con la carne destrozada,  
la camisa estropeada  
y las uñas hechas cisco,  
concluyo ¡triste de mí!  
tan lucida operación  
maldiciendo el almidón  
y bufando contra tí.

Conque..... cese ya el tormento,  
porque bastante he sufrido  
luchando á brazo partido

con tan estúpido invento.

Mas si mi queja, Asunción,  
tu pecho no ha impresionado,  
y no das por terminado  
el uso del almidón,

no me vuelvas á planchar,  
y vete á martirizar  
á otros pobres infelices,  
¡¡ó almidona tus narices,  
si te gusta almidonar!!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## EL CAPITAN MEDRANO

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Celebrábase en un pueblecillo de Castilla el día de la festividad de su santo patrono. Yo era entonces un niño, y asistía al banquete que se celebraba en casa del párroco, por esa ley de continuidad que el refrán ha establecido entre la sogá y el caldero. Habian sido invitados casi todos los individuos de mi familia.

A los postres, dijo el *Gratias agamus* el anciano que presidía la mesa, y entre las libaciones de un aguardiente bastante quemado y de un vinillo blanco un tanto añejo, comenzaron las confidencias, las expansiones y los relatos.

Entre los últimos, se me quedó tan impreso, que podía repetirle sin alterar casi palabra, el que, á ruego de todos, nos dijo el anciano del rezo, que vestía la ropa negra y talar del sacerdote, y en cuyo rostro, aunque fresco y sonrosado, denunciaban canas y arrugas al bien cumplido sexagenario.

—Diez y nueve años tenía—comenzó el narrador—cuando los franceses entraron en España. El Seminario en que mi tío me había puesto se cerró, y todos los compañeros de aula corrimos con entusiasmo á empuñar las armas en defensa del territorio invadido.

Yo era entonces más delicado que una mujer y más cobarde que una cervatilla, y todo lleno de angustias y temores, anduve casi una semana por sendas extraviadas y caminos de travesía, huyendo así de las columnas francesas, como de las partidas de guerrilleros que organizaban los patriotas.

¡Con cuánto regocijo vi por fin el campanario de mi pueblo! Abracé emocionado á mi tío; pero el viejo contra lo que yo esperaba, mostró una frialdad que me dejó sorprendido.

A la mañana siguiente, después de misa, me llevó á un pradecillo, donde solía pasear hojeando el *Breviario*, y sentados en el tronco de un álamo que allí estaba curándose, me habló de esta manera:

—Mira, Julianillo; Job lo dijo: milicia es la vida del hombre sobre la tierra. Luchar contra los hombres cuerpo á cuerpo, es menos valeroso que pelear contra los apetitos de la carne y las tentaciones del mundo. Yo te había elegido para esta batalla; pero combate por combate, el de nuestra nación con los franceses es menos terrible y pavoroso. Alégrate, hijo, puesto que en suerte te ha tocado el trabajo menor, y desechando pereza y espíritu medroso, disponte á unirte luego á esas tropas que defienden nuestros hogares.

El buen señor atribuyô, sin duda, á conformidad con sus deseos mi pavoroso silencio; y á la mañana siguiente, muy de madrugada, saliôme á despedir hasta las eras, después de acomodarme en el cuartago viejo y matalón que él tenía. Iban sobre las ancas amojamadas, bien provistas alforjas, á más de un zurroncillo con dos ó tres camisas; y de un cinturón de cuero, muy holgado, colgóme un sable mohoso, que bien mostraba, en lo antiguo, haber hecho la campaña del Archiduque.

Con tales avíos, una carta para Merino, y su bendición, después de estrechísimo abrazo, me dejó partir por lo más escondido y enmarañado de la sierra. ¡Qué espanto! El susurrar de la brisa me sonaba á ligeros clarines, y el batir del agua sobre las ruedas de un molino me produjo trasudores de angustia, porque se me figuraba estrepitoso rodar de convoyes de artillería.

Llegó la noche, y, lo que parecía ya imposible, creció mi miedo. Allá en el valle brillaban hogueras; bajé recatándome, pero luego entendí por las voces que el campamento era de los nuestros.

El cura Merino, que de él era la partida, leyó la carta de mi tío, y mandó que en seguida me completaran el armamento. Diéronme una cartuchera poco menor que un cofre, y un trabuco de chispa que parecía un mortero, mirándole la boca.

No sé qué fué más breve: recibir los arreos, y comenzar una gresca de todos los demonios. Pálido, tembloroso, sin atreverme á adelantar ni á retroceder, estuve el tiempo que duró la refriega.

—¡Buena adquisición hemos hecho con este gallina!—dijo, cuando acabó el combate, un forzado mocetón que nos mandaba.

—¡Pues con los cobardes—añadió otro de mala catadura—se hace lo mismo que con los traidores;—y me apuntó con su fusil.

—Déjale—dijo, desviando el arma, el que hacía de jefe.—Es casi un niño.—Y añadió, notando que temblaba como un azogado:—¡Chicuelo, no temas! Aquí se hace al mérito justicia, y si no falta un puñado de balas para los valientes, tampoco echarán de menos un mandil los cobardones como tú.

Atáronme, con grandes risotadas, un paño blanco en el cuello, y desde aquella noche quedé relegado al oficio de rancharo, que, aunque denigrante, llevaba yo con paciencia, por la tranquilidad que me daba no tenérmelas que haber con otro fuego que aquél que, mansa y pausadamente, hacia hervir mis marmitas.

Un día cargó sobre nosotros tanta fuerza de franceses, que para no ser copados nos desparramamos en partidas volantes por la sierra; y al fin de la semana nos hallábamos fatigados, hambrientos y desorientados, que era lo peor.

—Es preciso—dijo nuestro capitán—que alguien vaya á avisar el resto de la partida; si no, estamos perdidos!

En las filas reinó silencio sepulcral. Nadie se ofrecía á desempeñar una comisión en la que era casi segura la muerte.

—¡Eh! ¡Julianillo!—exclamó el jefe de pronto.—Monta en mi caballo, y prepárate á llevar el parte. Así como así, no nos puedes servir para otra cosa, puesto que ya no nos queda ni una mala patata que cocer.

El miedo puso en mis ojos lágrimas y en mi boca súplicas llenas de piadosas imprecaciones á los santos.

—¡A ver, cuatro números que me fusilen por la espalda á este cobarde!—gritó el capitán, retorciéndose con fiereza los bigotes.

Me levanté del suelo vacilante, y me dispuse á montar, y el caudillo me entregó un pliego señalándome la dirección que había de seguir.

Partí, y á una revuelta de la bajada llegaron á mis oídos estas palabras.

—¡Pobre muchacho! De seguro le matan.

—Por eso le envío. Si llega, mejor. Si no, ¡cómo ha de ser! Es el único inútil de la partida.

Un escalofrío, que me corrió de la nuca á los pies, estuvo á pique de hacerme caer de la silla. Y mi caballo trotaba, trotaba sin cesar por aquella cuesta abajo, que parecía interminable.

Llegué al fin al valle, y penetré en carretera espaciosa, y en la inmensa extensión que de ella abarcaba mi vista nada se divisaba, y eso que mis ojos, dilatados por el terror, se volvían sin cesar hacia todos los extremos del horizonte.

De pronto, al doblar un recodo de la calzada, me hallé frente á frente, y á muy pocos pasos de distancia, con una avanzada de cuatro dragones, que á mí me parecieron dromedarios.

Los cuatro se arrojaron sobre mí, vociferando infernal jergonza. Yo me afirmé en los estribos, y tiré instintivamente del sable. Ellos blandieron los suyos sobre mi cabeza.

Entonces, dando una gran voz, todo trémulo y acongojado, dije, cerrando los ojos y disparando con la izquierda una pistola que tomé del arzón: *¡Sustine me, Deus meus!*

Sonó el tiro, y al mismo tiempo un grito horroroso.

Un sudor abundante y frío corría de mi frente, y muy cerca de ella culebreaban los sables de mis enemigos. Yo manejaba el mio sin concierto, pero con desesperación. Sentía mi cuerpo rígido y helado como si fuera de la misma materia que el arma que empuñaba. Mi brazo, incansable, hacía girar con rapidez el

acero, que dos veces chocó violentamente, pero que cedía salpicándome el rostro de unas gotas tibias muy pesadas.

Cesó, por fin, el martilleo de un hierro con otro. Respiré jadeante, me limpié el helado sudor con el envés de la mano, y entonces vi.....

Sobre el lodo de la carretera yacía el cadáver de un dragón, atravesado el pecho de un balazo; otro francés tenía el cráneo hendido; otro contenía con las manos la sangre, que abundosa escapaba de espantable herida en el cuello; el cuarto huía á todo galope á través de los campos.

—¡Bravo por el entonces joven seminarista!—exclamó un conmensal, como comentario al relato.

—¡Lo que puede el miedo!—añadió otro.

—Usted lo ha dicho—repuso el anciano sacerdote.—Sólo el mucho miedo me hizo salir con bien de aquel peligro. Así, cuando mis compañeros se enteraron, aunque celebraron mis proezas, dieron en apellidarme desde entonces *El Capitán Medrano*.

—Si; pero no sería ese arrojito tan de circunstancias—añadió otro interlocutor—cuando desde aquel día usted se hizo guerrillero formidable, que llegó á mandar una brava partida.

—¡Dios me lo perdone!—prorrumpió humildemente el cura.—¡Que, al cabo, los muchos franceses que después maté eran prójimos.

R. BLANCO ASENJO.

## EL LUJO Y LA MISERIA

*Este discurso fué pronunciado por su autor en la sesión pública celebrada por la ACADEMIA CALASANCIA, el día 3 de Febrero de este año, y frecuentemente aplaudido por la concurrencia.*

SEÑORES:

Conservo aún indeleble en mi corazón el recuerdo de la última vez que tuve el gusto de dirigiros la palabra. Si en aquella ocasión, al principio de mi disertación, me congratulaba en hablaros desde este sitio, en la presente debo añadir que satisfago una necesidad de mi corazón, á causa sin duda, de ese sentimiento de simpatía que siempre siente el orador hacia su auditorio.

No he tenido que escoger, ni me ha costado trabajo elegir tema para la conferencia de hoy. Él se ha presentado á mi vista al contemplar la sociedad actual. Si vosotros la contempláis conmigo, en seguida se presentarán ante vuestra vista dos hechos primordiales en nuestros días.

¿Qué vemos en nuestra actual, decadente y metalizada sociedad bajo diferentes formas y en distintas proporciones? Vemos

el mal que nace, vive, crece y se desarrolla y que en vez de morir nos amenaza, nos domina y mata. Vemos á los grandes de la fortuna desplegar un fausto que los Reyes de Persia hubiesen admirado, y dando festines que hubiesen maravillado á Sardanápalo. Vemos desaparecer á las pequeñas fortunas al empuje de los embates que reciben por imitar á las mayores. Vemos el porvenir de los hijos, negro cual el fondo de un abismo, por el lujo desplegado por sus padres. Vemos jóvenes que consumen alegremente y en pocos años el caudal legado por sus padres á fuerza de sudores y lágrimas. Vemos maridos que devoran en poco tiempo la cuantiosa dote de sus mujeres. Vemos mujeres dejándose llevar por la vanidad á gastos secretos y fraudulentos y sepultando entre los pliegues de sus vestidos el sueldo de sus maridos cariñosos. Vemos insensatos que tras ruinosas locuras van á buscar en la Bolsa el remedio á sus buscadas desgracias para encontrar en ella su última desesperación. Vemos, en fin, la desgracia de la sociedad entera porque la pasión del lujo se ha hecho popular y domina en todas las clases sociales.

Al lado de estos desórdenes vemos perecer una familia entera por falta de víveres. Vemos en triste y solitaria habitación un marido ya cadáver, una esposa moribunda y unos hijos tiernos y llorosos sin pan, sin consuelo, sin abrigo. Vemos oscuros recintos y malsanas buhardillas atestadas de enfermos, harapientos y miserables.

Ahí tenéis esos dos hechos á que antes me refería y de que voy á ocuparme: el lujo y la miseria. No es aquí donde el hombre puede recrear su imaginación engolfándose en dulces meditaciones y explayar su espíritu remontándole á regiones puras, serenas é ideales; no es aquí donde vive contento el corazón, que no halla atmósfera propia que respirar ni aire que repita el eco de sus amorosos gemidos. Y sin embargo, en este árido lugar de soledad, de silencio y de desconsuelo puede fijarse una mirada y depositarse un suspiro, y esa mirada y ese suspiro ser la salvación de los necesitados.

El problema del lujo y de la miseria, sin cuya previa resolución no creo que se terminen las graves cuestiones que se agitan en el seno de la sociedad europea, es un problema eminentemente social, eminentemente filosófico y eminentemente político, pero es sobre todo, un problema eminentemente religioso.

Ni la ciencia económica haciendo investigaciones para descubrir la causa y amortiguar los efectos del lujo y de la miseria; ni la ciencia filosófica barrenando hasta sus cimientos para encontrar nuevos sistemas que aseguren el bienestar de los pueblos; ni desplegando sus poderosos medios la ciencia política para evitar la gangrena que corroe á las sociedades, son suficientes para remediar el espantoso mal de la miseria y moderar el lujo en todas sus manifestaciones. Para amortiguar aquélla y

mantener éste en sus justos límites, ha de acudirse á un principio superior, ha de mostrarse como emblema la Religión del Crucificado, porque sólo á la voz de la Religión se prodigarán auxilios que alivien la miseria y sólo sus consejos serán un dique para contener la pasión inmoderada del lujo.

Ante todo, señores, como base y fundamento establezcamos bien las nociones de lujo y de miseria. Esta última no necesita ulterior explicación; mas no sucede lo mismo con la primera. Diversas definiciones han dado del lujo los autores, y hasta vulgarmente cada uno lo entiende á su manera. Todos, sin embargo, vienen á coincidir en que el lujo es algo superfluo; pero esta noción es muy vaga, precisa determinarla más, y en este sentido la considero ahora, como el Sr. Pérez Molina, como la mala aplicación que de sus riquezas hacen algunos hombres, empleándolas en cosas que relativamente no les son necesarias y desatendiendo en cambio las que les son más precisas. En este sentido considero al lujo y en este sentido es que afirmo que el lujo es inmoral, y que á mayor lujo mayor miseria, y que el exceso de lujo y de miseria han preludiado la caída de los imperios.

#### EL LUJO ES INMORAL

No se necesitan grandes raciocinios, ni pertrecharse en los reducidos límites de un silogismo para probar esta afirmación. Efectivamente; salta á la vista y se desprende esta inmoralidad de la noción que hemos dado del lujo. Si hemos considerado á éste como la mala aplicación que de sus riquezas hacen algunos hombres: ¿cómo puede ser moral esta mala aplicación? Si hemos visto que consistía en desatender necesidades precisas para satisfacer en cambio vanidades y goces ilegítimos; ¿cómo puede ser moral? Si consiste en ese movimiento progresivo y avasallador que apoderándose de todos y de todo, va destruyendo cuanto encuentra á su paso: ¿cómo puede ser moral?

Además, señores, el lujo de nuestros tiempos no es ya solamente lo que fué allá en otras edades, en Babilonia, en Tiro, en Persia ó en Cartago, un hecho puramente material que surgía del seno de aquellas sociedades al predominio de sus concupiscencias, sino que es una rueda importante en el mecanismo de las sociedades modernas; es ese movimiento progresivo y avasallador que apoderándose de todas y de todo, va destruyéndolo todo; es un hecho popular; un emblema destructor que guía á las modernas sociedades hacia su ruina y aniquilamiento. Y en efecto: los individuos de las clases ínfimas de la sociedad aspiran á dar un paso en la escala social y colocarse al lado de los que ocupan el lugar inmediato; el comerciante con pequeño capital pretende igualar al comerciante que dispone de grandes capitales; los industriales quieren rivalizar con los propietarios

y éstos con aquéllos; y hasta los potentados al recibir los avances de las clases inferiores aumentan en lujo, sin guía y sin freno que pueda contenerlo; ese movimiento progresivo y avasallador domina ya en todas las clases sociales; todas ellas se precipitan en ese torbellino en que forzosamente han de perecer y sucumbir; y todo ese conjunto de seres avasallados por el lujo quedan reducidos á la miseria y van á formar parte de ese cúmulo inmenso de seres desgraciados, de esos infelices para quienes la caridad ya es estéril, é inútil todo consuelo, porque el lujo les ha devorado y aniquilado su existencia.

Ahí tenéis, señores, la inmoralidad del lujo, que también se demuestra porque aumenta la miseria, entrando de lleno en mi segunda afirmación:

#### A MAYOR LUJO, MAYOR MISERIA

No dudo que á primera vista os sorprenderá lo que digo, ya que tanto se pregona que el lujo disminuye la miseria; pero prescindid de lo que se dice sin causa y sin razón, acudid á la fuente de toda verdad, á la experiencia, y observad á la Europa entera. En el Oriente y en el Occidente y en el Septentrión y en el Mediodía y principalmente en las villas y en las ciudades en que el lujo ha tomado más vastas proporciones y más veloces vuelos y mayor desenvolvimiento, se levantan enhiestas, amenazadoras y en actitud belicosa dos humanidades formidables: una cubierta de púrpura y oro, despidiendo olorosos perfumes y seductoras esencias, y mostrando al siglo el esplendor de un lujo inaudito; y la otra, cubierta de harapos y andrajos, despidiendo náuseabundos hedores y malsanas fermentaciones y mostrando al siglo el oprobio de una miseria desconocida.

Ahí tenéis la antítesis que se presenta ante nuestros ojos: la antítesis del lujo y de la miseria. ¿Queréis llegar á este mismo punto por distinto camino? Pues bien: en toda sociedad existe un número determinado de fuerzas destinado á la producción; por lo tanto, cuantas más fuerzas de esta clase se agoten y concurran en producir lo superfluo, evidentemente quedarán menos fuerzas para producir lo necesario, lo cual hace exclamar al sabio P. Félix: ¿No veis que las grandes industrias sirven casi exclusivamente para alimentar el lujo, esto es, para multiplicar los goces de los que ya gozan demasiado, y que los que tienen hambre apenas recogen, para no morir, algunas migajas de esos grandes festines?

¿Queréis ver prácticamente y en nuestros días que el exceso de lujo lleva consigo el exceso de miseria? Leed cualquiera revista de París y en todas ella veréis que se respira un lujo inaudito, pero que se halla entre los ecos y lamentos de la miseria más triste y desconsoladora.

Tal es, señores, la marcha de estas cosas; con el engrande-

cimiento indefinido del lujo viene el engrandecimiento indefinido de la miseria; con la multiplicación de lo superfluo, viene la disminución de lo necesario, y después de esto no es de extrañar que los economistas se preocupen de esa creciente miseria y de ese inmoderado lujo, tras de los cuales viene la ruina de una sociedad por floreciente que ella sea.

EL EXCESO DE LUJO Y MISERIA PRELUDIAN LA RUINA DE LAS SOCIEDADES.

Cuando se trata de probar una verdad, asisten varios medios para conseguirlo. Para probar mi última afirmación, pudiera yo ahora acudir á pruebas filosóficas ó teóricas, pero prefiero pertrecharme en las históricas y prácticas, que son mil veces más amenas que aquéllas, por cuya razón son también las pruebas históricas las que más huella dejan en el corazón humano. El hombre, aunque en cada ciencia absorba todo su espíritu, en las ciencias naturales estudia principalmente su sensibilidad; y en las ciencias legales su juicio; y en las artes y letras su imaginación; pero en la historia se estudia todo entero, y se estudia no en abstracto, sino realizado y objetivado en sus ideas y en sus obras. El hombre en su totalidad es, pues, el objeto de la historia; sea protagonista el espíritu humano y el instrumento del espíritu, la libertad. El hombre, ese ángel caído, punto de unión entre la naturaleza y el espíritu; habitante del Empireo y del mundo sobrenatural por sus ideas, por su fantasía, por sus sentimientos, por su corazón, y de la estrecha mansión en que vivimos por su cuerpo, por sus instintos, por sus apetitos; ser antitético que une lo más sublime y lo más vulgar; ese ángel caído que concibe lo infinito al contemplar ese mar azul que ciñe al mundo coronado de flores con brazos resplandecientes; que siente la más dulce poesía y respira la tranquilidad más pura, al admirar en ese cielo la luna que tantos cariñosos recuerdos evoca al alma y que baña con sus tímidos rayos al mundo adormecido y tenebroso, como lámpara que brilla en templo solitario, como esperanza que nos sonríe con dulzura; ese ángel caído, se distingue de los demás seres por su libertad, soplo que anima nuestro espíritu, y que brillará siempre inmortal entre las tinieblas de todos los tiempos y en el seno de todas las sociedades.

Veamos pues, señores: la imparcial historia nos muestra que el exceso de lujo y de miseria han preludiado la ruina de las sociedades. Fijémonos breves instantes en esos países, un día tan florecientes, donde sentaron su planta las famosas ciudades de Efeso y Antioquía; divisemos allá, léjos, hacia los confines del Asia, esa Constantinopla, fundada por el primer Emperador cristiano y mirada con envidia y considerada como nueva Roma y nueva Atenas; volvamos la vista hacia ese famoso Egipto; hacia la gloriosa Cartago; hacia esa Persia y Babilonia... . Contem-

plemos hoy todos estos pueblos. Yacen sepultados en el olvido la mayor parte de ellos; algunas ruinas nos cuentan lo que fueron; otros gimen agobiados por la barbarie que los domina. ¡Espectáculo desconsolador!

Fijemos nuestra atención en esos dos pueblos tan justamente famosos en la antigüedad: Grecia y Roma. Mayor lujo y mayor miseria que en ambos dificulto se encuentre en ningún otro, y su desmoronamiento tampoco pudo ser más completo.

Grecia, señores, yo no puedo ni pronunciar el nombre de Grecia, la cuna de azucenas donde se meció nuestra civilización; la misteriosa lámpara en que empieza á arder la luz de nuestro espíritu; yo no puedo ni pronunciar su nombre, sin que á mi espíritu cautivado le parezca percibir aquellas dulces melodías y aquellos tiernos poemas, himnos y cánticos.

La naturaleza la dotó hermosa; su imaginación la concibió lujosa, y el lujo penetró y sentó sus reales en Grecia. Contemplémosla en la Naturaleza y en el Arte. Coronada por un espléndido cielo; ornada de perfumados bosques; ceñida de hermosos y rientes mares que se rizan alegremente, cual si quisieran mecer al hombre con dulce murmullo; circundada de islas hermosísimas, Grecia es el encanto de la Naturaleza, el santuario de las Artes, el templo del lujo. El tipo de su arte es ideal de belleza, y la primera y más grande de sus manifestaciones la escultura. Así Grecia se nos presenta siempre como hermosa musa reclinada muellemente en su lecho de azúenas, con la copa de oro en una mano y en la otra la lira que produce ardorosos himnos, exhalando de sus labios apasionados cánticos de amor, y ciñendo su frente una corona de artista.

Pero contemplémosla también bajo otro punto de vista, y entonces veremos que esa hermosísima alfombra de flores en que descansa la poética Grecia, la está pudriendo la miseria que cubre. Todos sabéis cuan frecuente era la exposición y abandono que de sus hijos recién nacidos hacían los padres pobres que, considerando la miseria que atravesaban como el peor de los males no tenían valor para ver sumidos en ella á sus hijos; todos sabéis que por esta misma causa se mataban muchos recién nacidos; todos tenéis noticia de las leyes draconianas y de los auxilios prestados en un principio á los necesitados, y que después llegaron á ser infructuosos.

Pasemos ahora á la deslumbradora Roma. Siempre que contemplo esa gran ciudad, último esfuerzo de las pristinas civilizaciones y remate de las edades antiguas, me quedo por una parte, maravillado ante los indecibles encantos que nos presenta su historia, y por otra, deslumbrado por el lujo que la sostenía, y acongojado por sus innumerables desatinos y miserias. Y Roma, sin embargo, es la síntesis de la historia antigua, y recibió, como dice Castelar, el espíritu del universo y dió al universo su espíritu.

No haré hincapié en el lujo desplegado por aquellos emperadores y aquellos patricios, lujo que concluyó por ser connatural á aquella sociedad, pues, todos conocéis mayores ó menores detalles de aquellos suntuosos palacios, riquísimos viveros, encantados jardines y preciosos estanques; de aquellos elefantes colosales que penetraban en la ciudad con tronos de marfil en sus lomos; camellos con plata acuñada; de aquellos dioses de todas las teogonías y de sus variados y riquísimos templos; de aquellas hermosas cautivas orientales con mantos de púrpura en los hombros y cadenas de oro en los brazos.....

¿Pero conocéis también los detalles de la miseria que agobiaba á Roma? Contempladla en cualquiera época y en cualquier momento de su vida, que en todo momento y en toda época observaréis espantosa miseria. Si nos fijamos en la primera época, ya antes de la publicación de aquel famoso Código, llamado la Ley de las Doce Tablas, Gustavo Hugo, nos dice, que los pobres carecían de asilo en que refugiarse, y que en toda la legislación no había ni una disposición concerniente á ellos, á menos que por tal se tome una que tasaba los gastos funerarios. Resultado de esa gran desigualdad de fortuna, fueron aquellos profundos alborotos y aquellas constantes luchas entre patricios y plebeyos, y las retiradas del pueblo á los montes Aventino y Janículo.

Si esto sucedía en la primera época, en que parece puede tener cierta disculpa, en la época de Augusto, en la misma época de la predicación del Evangelio, no sólo existían estas miserias, sino que habían aumentado, y ellas eran causa de nefandos crímenes que se cometían creyendo evitarlas, ó á lo menos aminorar sus desastrosos efectos. Con este motivo, los padres pobres mataban á sus hijos recién nacidos, y les era lícito abandonarlos al pie de la columna Lactaria, en el foro Olitorio, ó depositarlos en el Velabrum, que era aquel cenagoso pantano que cerca del monte Aventino se encontraba. Pero no terminaban aquí las desgracias de aquellos inocentes. La mayor parte de ellos perecían á causa del hambre y del abandono: pero los que sobrevivían eran verdaderamente torturados. Los mágicos consumaban sus sacrilegas libaciones nocturnas con la sangre de aquellas tiernas criaturas; los lanistas, comerciaban con ellos vendiéndolos para que cuando llegasen á cierta edad, fuesen empleados en las luchas de los circos y anfiteatros. Por este motivo, de noche acudían al Velabrum, nos refiere Séneca, cuadrillas de mendigos que se apoderaban de un número determinado de niños; los encerraban en sombrías moradas, y sin hacerles el menor daño los tenían hasta los 18 ó 24 meses, pero ¡infelices de ellos cuando llegaban á esa edad! Entonces eran materialmente estropeados y mutilados todos sus miembros con el fin de que pudiesen servir en aquellas luchas y fuesen útiles para la especulación.

Grande era pues, señores, la desigualdad de fortuna que existía entre los ciudadanos romanos; innumerables los miserables que pululaban por aquella suntuosa Roma; y esos individuos, hacinados en repugnantes chozas, de donde apenas salían más que para visitar las tabernas, garitos y lupanares, ó para asistir á las bárbaras luchas de las fieras y los gladiadores, formaban un numeroso ejército dispuesto siempre á ponerse al servicio de cualquiera que les ofreciese unas monedas ó un pedazo de pan.

La imparcial, la verídica historia, nos ha puesto de manifiesto que el exceso de lujo y de miseria, caminando siempre unidos, han preludiado la ruina de las sociedades. La filosofía de la historia pregunta ahora: ¿ese lujo y esa miseria son causa ó son efecto de la caída de las naciones? Señores, el contestar á esta pregunta me llevaría muy lejos y no quiero abusar de la benévola atención que me estáis dispensando. Basta hacer constar que esta trilogía: lujo, miseria y ruina de las sociedades van siempre unidas, como la savia al vegetal que sustenta.

Debe, pues, operarse una reacción contra el lujo, punto en que todos están contestes. Sin embargo ¿quiere esto decir que el hombre debe privarse de todo aquello que no es absolutamente necesario para la conservación de la vida? ¿Es esto decir que todo lo superfluo debe proibirse? ¿Es esto decir que nos debemos privar voluntariamente de todas las comodidades, de todas las recreaciones, de todos los placeres sencillos, de todos los goces delicados, de todo aquello, en fin, que no siendo indispensable hace más llevadera la existencia? En modo alguno. La moral cristiana reprueba el abuso, mas no el uso de las riquezas; el cristianismo recomienda las privaciones, las mortificaciones hasta el sacrificio, pero aconsejando, no mandando, y no prohíbe ni condena el amor de las cosas del mundo. ¿Y cómo había de prohibirlo si todas las ha criado Dios para solaz y satisfacción del hombre?

#### LA MISERIA SIEMPRE HA EXISTIDO Y EXISTIRÁ SIEMPRE.

Tampoco se crea que por esto dejará de existir la miseria. La pobreza siempre ha existido y existirá siempre. Para saber que siempre ha existido, no tenemos necesidad de acudir á la historia ni consultar á profundos pensadores: basta que fijemos la mirada en la deslumbradora apariencia de alguna de esas gigantes obras artísticas que se transmiten de generación en generación, como recuerdo de la gloria de un pueblo, como signo de su grandeza, como símbolo de su esplendor. Y de esta suerte si volvemos la vista atrás y nos encontramos contemplando el coloso de Rodas, el templo de Diana, las murallas de la China, las pirámides de Egipto, los muros de Babilonia, los acueductos romanos y otros maravillosos monumentos de la antigüedad, jun-

tamente con los Alcázares y las Catedrales, y los túneles y todas las grandiosas obras artísticas de los siglos medios y de los modernos tiempos, notaremos en todas ellas símbolos grandiosos de las cualidades de aquellos pueblos, pero veremos que su solidez y hermosura descansa en un lago de lágrimas, y se apoya sobre los hombres de la miseria, porque sin miserables, hambrientos y desnudos que trabajaran para amortiguar su miseria y mitigar su hambre y cubrir su desnudez, jamás se hubieran construido esos gigantes de piedra que sobreviven á las generaciones desafiando el poder de los siglos y las fuerzas y elementos destructores de la naturaleza.

Además, señores, la pobreza siempre existirá. Y en efecto: lo que es general, dice Balmes, debe tener una causa general; la pobreza es general, siempre ha existido; luego debe tener una causa general, y por lo tanto, siempre existirá. ¿Y cuál es la causa de la pobreza? Desacordes andan los economistas y filósofos en este punto. No haré un examen de las varias causas que se supone engendran el pauperismo, que ello sólo sería materia para una conferencia mucho más extensa que la presente. Enumeraré algunas ligeramente.

Háse dicho, que la causa de la pobreza es la desigualdad de fortunas entre los ciudadanos, pero, como muy bien dice el Vizconde Alban de Villeneuve, la división igual de las riquezas no puede conducir más que á una miseria común.

También se ha dicho que dependía del atraso de la Economía política; pero precisamente se observa que la fecha del crecimiento del pauperismo coincide con la del nacimiento de la Economía política, esto es, según Decoux á mediados del siglo XVIII.

El desarrollo de la industria fabril, la mala condición de los obreros, el exceso de la población, las contribuciones, la grande propiedad; hé ahí otras causas alegadas.

Sin embargo, ninguna de las presentadas por las ciencias política, económica y filosófica, fijan como productora del pauperismo una que lo sea absoluta, universal y constante; y ya sabemos que absoluta, universal y constante ha de ser la causa de la pobreza. ¿Cuál es la que reúne éstas circunstancias? La encontramos en el Paraiso. Contemplad, señores, al primer hombre antes de la rebelión. Acariciado por las brisas del Edén, idolo y encanto de la Naturaleza, respirando el amor más puro de los amores, á la caída de la tarde, cuando el sol descendía por el horizonte, Dios daba lecciones de sabiduría á la humanidad en la persona de su primer padre. Más éste faltó al precepto impuesto; fué condenado á comer el pan con el sudor de su frente, y entonces nació la ley del trabajo; y la indigencia y la miseria son el resultado de la falta de cumplimiento de esa ley que fué impuesta al género humano por la desobediencia de nuestros primeros padres. El pecado original, por tanto, que según grá-

fica frase de Donoso Cortés, vistió al cielo de luto, al infierno de llamas y al mundo de abrojos, es la causa del pauperismo.

¿Qué culpa tiene la humanidad en el pecado de Adán? Hé ahí una pregunta que con harta frecuencia y vulgaridad se oye formular y que en la ocasión actual se nos presenta con el mismo carácter.

Voy á contestarla brevemente. Considerado Adán en su naturaleza pura, primer estado en que consideran al hombre los teólogos, Dios le ofreció el Paraíso y la bienaventuranza, pero se los ofreció á condición de ser merecedor de aquella sublime dicha por medio de la obediencia. ¿Cumplió su precepto? ¿Fue obediente á su Dios? No: luego entonces si faltó al precepto impuesto, justo castigo es que Dios le privara de aquellos dones particularísimos con que le había enriquecido, cuando en castigo de su culpa pudo sepultarle eternamente en el infierno, como condenó á los ángeles que pecaron.

Ahora bien: la situación de Adán era verdaderamente privilegiada. Sabido es que los privilegios se transmiten de padres á hijos tal cual existen; por lo tanto, sino hubiera pecado, nos hubiera transmitido su privilegio; pero pecó, y en vez de transmitirnos el privilegio, nos transmitió su culpa: el pecado original.

Señores, he terminado mi conferencia. Nuestra generación está llamada á resolver gravísimos problemas, y por lo mismo que la naturaleza le ha abierto sus entrañas y confiado la sus más recónditos secretos, pesan sobre ella tremendas responsabilidades.

Generación presente para la cual parece haberse fabricado la corona de la historia; heredera de infinitos tesoros de ciencia, y dueña de infinitas fuerzas que centuplican tus fuerzas, del vapor y de la electricidad; si con todos estos elementos, generación presente, pasas tus días en la indiferencia y en el olvido, cuando esos días estén contados, cuando temblorosa y vacilante, sin fuerzas y sin alientos, empieces á sentir el estertor de la agonía, cuando te anegue la negra ola del tiempo que se llama muerte y te presentes delante del Eterno Juez, que pesa las obras de los individuos, pueblos, estados y generaciones, y en vez de presentarte risueña y tranquila después de cumplidos los destinos que te había encomendado, comparezcas con la conciencia llena de tinieblas y las manos vacías de buenas obras, entonces merecerás el eterno castigo de la justicia divina y la eterna maldición de las generaciones.

He dicho.

MANUEL M.<sup>a</sup> MORAGAS.

